

CRÓNICA SONORA

NÚM. 20

DESMONTANDO MITOS

VERANO 2026

**EL TRÁGICO
Y MERECIDO FINAL
DE UNA NARRATIVA**





**AYÚDANOS A SEGUIR
PATEANDO TRASEROS
Y SUSCRÍBETE**

**A LA REVISTA DE MODA
—y la única—
EN HERMOSILLO, SONORA, MÉXICO**

Ponle mil pesitos
—te los gastas en cada cosa—
vía PayPal o pregúntanos cómo
en cronicasonora@gmail.com
y en cualquiera de nuestras redes



PAYPAL



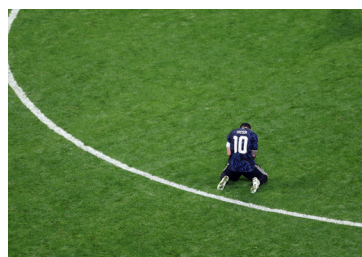
Cuenta Banamex
5204 1658 0831 8392
Benjamín Alonso Rascón

f CRÓNICA SONORA **x** CRONICA_SONORA **@** CRONICASONORA **@** CRONICASONORA@GMAIL.COM

CRONICASONORA.COM



Benjamín Alonso Rascón
Director



José Luis León Encinas (Pótam, 1952) posee un historial envidiable en lo que a lecturas y chistes colorados respecta. Anima cafés literarios y colabora en Crónica Sonora desde hace un buen.





MÉXICO 86: una tarde inolvidable de futbol y soldados*

Por **Mario Velázquez García**

El 17 de junio de 1986 el Estadio Olímpico Universitario recibió uno de los partidos más elegantes y simbólicos del Mundial de México 1986: el duelo de octavos de final entre Italia y Francia. La campeona del mundo enfrentaba a una generación francesa prometedora encabezada por Michel Platini, Alain Giresse y Jean Tigana. En la cancha dos formas históricas de entender el futbol europeo; fuera de ella, México intentaba demostrarle al mundo que seguía de pie.

Habían pasado apenas unos meses desde el terremoto de 1985. La Ciudad de México todavía mostraba heridas visibles: edificios derrumbados, bardas fracturadas y una población que había descubierto, entre los escombros, tanto la enorme solidaridad social como las limitaciones del gobierno mexicano. El PRI comenzaba a recibir críticas cada vez más abiertas. La imagen de eficacia y control que durante décadas había construido el régimen mostraba fisuras.

El Mundial aparecía entonces como una oportunidad política invaluable: el país necesitaba verse funcional, alegre y seguro.

Por eso la vigilancia era abundante, aunque buscaba no resultar escandalosa. Policías, militares y agentes vestidos de civil rodeaban los estadios. No era una presencia agresiva, pero sí constante. México quería una fiesta mundial sin mostrar demasiado los nervios que tenía por dentro.

Y aun así, el Mundial seguía perteneciendo a la gente.

A diferencia de los torneos modernos, muchos mexicanos de clases medias y populares podían todavía asistir a los partidos. Los boletos no tenían precios imposibles de pagar y en ocasiones podían comprarse incluso el mismo día, cerca del estadio o en las taquillas. Las tribunas de Ciudad Universitaria se llenaban de estudiantes, empleados, familias enteras y aficionados extranjeros que convivían en una mezcla improbable y festiva. Había banderas italianas, francesas y mexicanas; sombreros, tambores, matracas y vendedores ambulantes que recorrían los pasillos ofreciendo cervezas, refrescos, tortas y sí, cigarros sueltos.

Ese día mi padre consiguió boletos para llevarnos a mi hermano y a mí a ver el partido. Recuerdo perfectamente su rostro mientras caminábamos hacia el estadio: estaba orgulloso. No era solamente ir a un juego de fútbol; era poder llevar a sus hijos a mirar de cerca a algunos de los mejores futbolistas del mundo. En un México golpeado económica y emocionalmente, aquello tenía algo de triunfo personal.

La fila para entrar avanzaba lentamente entre revisiones de mochilas y soldados observando discretamente a la multitud. Entonces ocurrió algo extraño. Un militar se acercó directamente a mi padre y le pidió acompañarlo. Él intentó tranquilizarnos de inmediato. Nos entregó los boletos y dijo con naturalidad:

—Sigan caminando con la fila. No pasa nada. Ahorita los alcanzo.

Lo vimos alejarse junto al uniformado. Durante unos momentos desapareció entre la gente entre un grupo de uniformes verdes. Nosotros permanecimos callados. No sabíamos si salirnos de la fila, buscar ayuda o simplemente obedecer lo que él había dicho. Era una sensación difícil de explicar: miedo, incertidumbre y una especie de vergüenza

silenciosa que muchas familias mexicanas conocían bien en esos años cuando alguna autoridad militar o policial se acercaba demasiado.

Fue entonces cuando apareció otra escena profundamente mexicana.

Un hombre que estaba formado detrás de nosotros había visto todo. Me tocó el hombro con absoluta tranquilidad y me dijo:

—Ya no va a regresar... mejor véndeme su boleto.

Recuerdo quedarme congelado. Mientras buscaba en mi mente adolescente qué debía responder, mi padre apareció nuevamente caminando hacia nosotros como si nada hubiera ocurrido. Nunca olvidaré la mezcla de alivio y enojo que sentí en ese instante.

Entramos finalmente al estadio.

Y entonces apareció el Mundial.

El Olímpico Universitario era una fiesta de colores. Las tribunas parecían moverse entre cantos italianos, banderas francesas y el entusiasmo de miles de mexicanos que adoptaban por momentos a uno u otro equipo. Italia defendía su título mundial, mientras Francia llegaba como campeona europea y una de las favoritas para conquistar el torneo.

En la cancha, Francia fue superior desde el principio. Michel Platini manejaba los tiempos del juego con una elegancia estoica. Tigana corría el mediocampo como si no se cansara jamás y Giresse distribuía pases cortos que desesperaban a la violenta defensa italiana. Italia conservaba grandes nombres como Gaetano Scirea, Bruno Conti y Alessandro Altobelli, pero ya parecía una generación agotada que confiaba que el calcio los salvaría.

El primer gol llegó al minuto 15. Platini aprovechó un error defensivo italiano y definió frente al arquero Giovanni Galli. El estadio explotó. Muchos mexicanos comenzaron a apoyar abiertamente a Francia, fascinados por la belleza de su fútbol. En la segunda mitad, Yannick Stopyra marcó el 2-0 definitivo. Yo por supuesto, estaba con el equipo que iba perdiendo.

Aquella tarde terminó con la eliminación de la campeona del mundo. Pero para muchos mexicanos el recuerdo más profundo no fue únicamente el marcador, fue la experiencia de haber vivido un Mundial todavía cercano a la gente común, en un país que intentaba sonreír frente al mundo mientras cargaba todavía el miedo, las heridas y los corajes acumulados de su propia historia reciente.

Y entre todas esas memorias, permanece una imagen imposible de borrar: la de mi padre regresando de entre los militares después de perderse unos minutos, para finalmente entrar con nosotros al estadio y compartir una tarde que aún sigue viva en mi memoria décadas después. **CS**

** Publicado el 10 de junio de 2026 en cronicasonora.com*



EL ÚLTIMO SILBATAZO DE UNA ÉPOCA

Por **Crizeth García Valenzuela**

Hay derrotas que se olvidan cuando la siguiente temporada comienza, otras en cambio permanecen suspendidas en el tiempo porque representan algo más que un resultado deportivo. La caída de Argentina frente a España en la final del Mundial 2026 pertenece a esta segunda categoría, no porque el ex campeón haya sido destronado, eso sucede casi en cada Mundial, si no porque millones de personas alrededor del mundo interpretaron este partido como el final de una narrativa que tenía más de una década repitiéndose.

El fútbol siempre ha sido uno de los pasatiempos favoritos de la humanidad moderna, en él se proyectan nuestras pasiones, identidad, frustraciones y desconfianza. Durante décadas aceptamos que el balón dentro de la portería contraria era el único juez y el que se encargaba de definir un partido; hoy, en cambio, pareciera que el juego termina aun después del silbatazo final, en un nuevo tribunal mucho mas amplio y despiadado: las redes sociales.

Bastaron solo unos minutos desde la victoria española para que las plataformas como X, Facebook y Tiktok se inundaran de publicaciones del mundo entero. No era solo sobre la celebración de España, parecía más una catarsis colectiva donde mexicanos, brasileños, colombianos, franceses e incluso aficionados de países sin tradición

mundialista y todos parecían coincidir en una idea que circulaba desde hace años en las conversaciones de las carnes asadas, la convivencia familiar que se acostumbra durante la temporada mundialista, programas deportivos y en los distintos foros digitales: la percepción de que Argentina había sido favorecida en momentos claves de los últimos mundiales. Y aunque la percepción no constituye una prueba contundente, en conjunto tiene el enorme poder de moldear la confianza de la sociedad.

Desde Qatar 2022 surgieron innumerables debates alrededor de las decisiones arbitrales, penales polémicos, criterios disciplinarios que muchos aficionados llegaron a considerar como inconsistentes. Para los equipos favorecidos y su afición eran simples coincidencias de un deporte que es impredecible, pero para otros era la confirmación de que la sede mundialista y sus representantes habían comenzado a privilegiar las historias de quienes mejor vendían y no de lo que realmente hizo grande a este deporte; una selección con talento nato.

Y por supuesto nos resulta imposible conversar sobre fútbol sin mencionar Lionel Messi, siendo este uno de los máximos exponentes del fútbol moderno y donde su imagen publicitaria ha generado millones de dólares a nivel mundial. No se puede negar que su trayectoria futbolística es visible a causa de su talento y no podemos reducir su trayectoria a solamente una posible “ayuda” de los dirigentes, pues esto sería injusto para alguien que sí formó parte de ese reducido grupo de futbolistas que marcaron su historia en la cancha. Y cuando algo representa un gran activo económico, patrocinadores, cadenas televisivas y plataformas digitales, inevitablemente surgen preguntas o dudas sobre ese delicado equilibrio entre si solo es un espectáculo o realmente una competencia.

Pero reconocer la grandeza de Messi tampoco obliga a ignorar algo que se ha rumorado durante varios mundiales y que hoy con el uso de las redes sociales, la opinión del público se convirtió en colectivos donde cada jugada es revisada cuadro por cuadro y cada decisión del árbitro es cuestionada o comparada con jugadas en partidos anteriores. El uso de la tecnología democratizó las opiniones y con estas las sospechas, pues antes los desacuerdos terminaban

cuando el periódico llegaba al puesto y se consideraba la opinión de los expertos como la verdad absoluta, pero ahora con la llegada del VAR hay cámaras en cada espacio, por lo que está la capacidad de analizar cada jugada y exponer ante el público lo que nuestra propia percepción interpreta, pero con esto, paradójicamente, a pesar de la cantidad de información que hay con el uso de la tecnología, nunca había existido tanta desconfianza de quienes administran el Mundial.

España mientras tanto, construyó un Mundial lejos de la polémica, nos hizo recuperar la identidad de lo que es el juego colectivo, la disciplina táctica y la convicción de que no importa cuántas copas tenga el rival, lo único que tiene valor es lo que se demuestra en la cancha. Quizá por eso su victoria despertó

un apoyo inusual entre aficionados que eran históricamente rivales. Y es que su triunfo representó, al menos simbólicamente, la posibilidad de cambiar la imagen del fútbol que nos han vendido en los últimos mundiales. Toda época necesita un punto final.

Sin embargo, sería ingenuo pensar que un solo resultado basta para transformar las estructuras del fútbol, pues la transparencia no nace solo de un campeonato, ni tampoco el favorecido va a cambiar por una derrota. Si algo nos demostró

la FIFA 2026 es que el arbitraje y los encargados de administrar el fútbol mundial

enfrentan un desafío mucho mayor para organizar los próximos mundiales; el de recuperar la confianza de quienes sostienen esta organización desde las tribunas. Ya no bastará con proclamar imparcialidad, ahora tocará convencer al espectador de que realmente la hay.

El Mundial 2030 nos traerá nuevos protagonistas, nuevas figuras o rivales, pero con él también llegará una nueva exigencia: que el espectáculo no sólo sea para fabricar héroes, si no que ofrezca una certeza de que cualquiera puede escribir una historia de grandeza como lo hizo Cabo Verde en este torneo, sin temor a que el pasado de los grandes favoritos se repita.

Porque después de todo, el talento y el trabajo en equipo son los que dan resultados en el campo y esa siempre será la verdadera esencia del fútbol, la que deja satisfecho al espectador y la única capaz de sobrevivir ante el ruido de las redes sociales. **CS**





Estampitas para un Mundial: *la lluvia, el metro y el espectáculo global**

Texto y fotos por **Socorro García Bojórquez**

Hoy es la inauguración del Mundial de Fútbol 2026. Las pantallas mostrarán estadios iluminados, ceremonias cuidadosamente ensayadas y canciones capaces de hermanar a millones de personas durante unas horas. Seguramente habrá fuegos artificiales, discursos solemnes y artistas convocados para recordarnos que el fútbol es, además de un deporte, uno de los grandes espectáculos contemporáneos. Mientras la Shakira presenta el show para el mundo, la cotidianidad avanza.

Ayer amanecí con fiebre. Después de varios días recorriendo la Ciudad de México en metro, bajo la lluvia y entre multitudes, el cuerpo decidió protestar. Afuera, la ciudad también manifiesta sus propias tensiones: el plantón de maestros permanece en el Zócalo y las Madres Buscadoras mantienen su presencia en el corazón de la capital. Allá, en Sonora, la base académica decidió poner fin a la lucha sindical. Hoy la Universidad de Sonora abrió nuevamente sus puertas y la incertidumbre de perder el semestre quedó atrás, aunque el ciclo de las huelgas de mi Alma Máter permanezca en el imaginario sonorenses.

Tomé un medicamento para el resfriado y esta mañana apareció nuevamente el sol sobre los árboles de Santa María la Ribera. En una hora debo conectarme a una clase en línea sobre escritoras mexicanas. La cotidianidad sigue su curso. Quizá por eso no puedo pensar en el fútbol únicamente desde los estadios. Desde pequeña he seguido la pasión futbolera. Cuando supe que pasaría parte del verano en la Ciudad de México en pleno Mundial, imaginé secretamente la posibilidad de formar parte de la magia. Sin embargo, el precio estratosférico de los boletos me devolvió rápidamente a la realidad.

Durante estas semanas he visto cómo la ciudad se transforma para recibir el acontecimiento. En los trayectos cotidianos por el metro aparecen estaciones en remodelación, muros recién pintados, señales nuevas y espacios intervenidos para mostrar una ciudad preparada para la mirada global. El Mundial todavía no comienza y, sin embargo, ya habita las calles, los anuncios publicitarios, las conversaciones cotidianas y los desplazamientos diarios de miles de personas. La ciudad parece prepararse para ser observada por el mundo.



El pasado domingo acudí al Palacio de Bellas Artes para asistir a la ópera Werther, de Jules Massenet. Bajé en la estación del metro y, mientras caminaba por la Alameda, observé una escena que me pareció más significativa que cualquier campaña publicitaria. Una lluvia fina caía sobre la ciudad y, sin embargo, cientos de personas permanecían allí intercambiando estampas del Mundial. Infantes, adolescentes, jóvenes y adultos extendían pequeñas tarjetas de colores buscando completar el Álbum Oficial de la Copa Mundial de la FIFA 2026. Porque el Mundial no comienza con el silbatazo inicial. Comienza mucho antes. Comienza cuando alguien compra el primer paquetito de estampas, cuando un niño o una niña pega con cuidado la fotografía de su jugador favorito o cuando dos desconocidos descubren que pueden conversar gracias a una estampa repetida. Bajo aquellos árboles no había patrocinadores ni transmisiones internacionales. Tampoco boletos VIP. Había personas compartiendo una misma ilusión: la magia futbolera.

¿Cómo es posible que un espectáculo construido sobre una pasión popular termine siendo inaccesible para gran parte del pueblo que lo sostiene? Históricamente, el fútbol se ha representado como una fiesta popular. Sin embargo, los precios de los boletos para los torneos resultan inalcanzables para la mayoría de los aficionados. En los traslados no se escucha otra conversación que la reventa: dicen que las entradas oscilan entre los setenta o cien mil pesos. Después de cuarenta años, el espectáculo regresa a México, pero muchos de quienes sostienen la cultura futbolera lo vivirán desde una pantalla, una plaza pública o una mesa familiar.

Miles de personas avanzamos diariamente por los túneles de esta ciudad. Imagino que son trabajadores, estudiantes, comerciantes, profesores o turistas. La mayoría de rostros cansados que apenas se miran entre sí. Algunos seguramente hablarán hoy de alineaciones y resultados. Otros apenas tendrán tiempo para observar las pantallas instaladas en algún comercio. Sin embargo, todos forman parte de la multitud que da sentido a esta celebración. No he dejado de pensar en ello mientras viajo en el metro. Quizá porque el infame editor me pidió, acuciante, está crónica escrita desde el epicentro de este acontecimiento histórico. Así, entre el polvo de las remodelaciones, el ruido de las herramientas y las cámaras de los *influencers* extranjeros que documentan la ciudad rumbo al Mundial, miles de personas continúan desplazándose diariamente para sostener una vida que pocas veces aparece en las transmisiones oficiales.

Entonces pensé que mucho antes de que existieran las federaciones deportivas, los contratos multimillonarios y las transmisiones globales, los pueblos mesoamericanos ya se reunían alrededor del juego de pelota. No era fútbol, por supuesto. Eran tradiciones distintas. Pero revelan una continuidad profunda: la necesidad humana de construir comunidad a través del juego, del movimiento y de una pelota capaz de convocar emociones compartidas. Quizá por eso el fútbol despierta sentimientos tan antiguos. Mientras escribo estas líneas, pienso también en Sonora. Apenas ayer concluyó la huelga de la Universidad de Sonora después de semanas de incertidumbre. En distintos puntos del país, las Madres Buscadoras continúan recorriendo caminos y desiertos. En el Zócalo, miles de personas comienzan a reunirse para seguir la inauguración del Mundial. México sigue siendo un territorio atravesado por ausencias, conflictos, búsquedas y esperanzas. Y, sin embargo, hoy también hará una pausa para mirar un partido.

Dentro de unas horas, cuando México enfrente a Sudáfrica en el Estadio Azteca, millones de personas volverán la mirada hacia una misma cancha. Algunos estarán en las tribunas. Otros lo verán desde una pantalla, una plaza pública o una mesa familiar. Pero todos participarán, de algún modo, de una misma historia. Quizá esa sea la verdadera fuerza del fútbol: recordarnos que, por unas horas, millones de desconocidos pueden compartir una misma emoción. Mientras la Shakira canta para el mundo, bajo los árboles alguien intercambia una estampa repetida. Entre ambos extremos —el espectáculo global y la ilusión de papel— transcurre también esta otra historia del Mundial. **CS**

* Publicado el 11 de junio de 2026 en cronicasonora.com



6 de junio de 1970

Por José Luis León Encinas

En esta fecha se celebró el encuentro entre Brasil e Inglaterra en el estadio Jalisco de Guadalajara —ampliado entonces para que le cupieran 70 mil almas—, subsede del Mundial de la FIFA que en 1970 se denominó Copa Jules Rimet y tuvo como mascota a “Juanito”.

Esa tarde yo y un grupo de diez o doce amigos, todos fanáticos de la selección carioca, estábamos trepados en una barda de adobe del Club Providencia, propiedad de las Chivas Rayadas, desgastada por las lluvias de muchos veranos y con una nopalera bastante tupida por detrás.

Yo entonces cifraba los 18 años y estaba en la prepa 3 de la UdeG, Universidad de Guadalajara, cuyo lema es o era: Piensa y Trabaja. Y ahí estábamos trepados como digo porque en ese lugar entrenaba ni mas ni menos que el Scratch du Oro.

Y en eso estaban, entrenando, cuando al legendario portero Félix se le escapó un balón que se vino rodando directamente hacia la barda donde estábamos el grupito de fans con los pies colgando. Uno de los jugadores vino por la pelota y ya que estaba cerquita de nosotros que vamos viendo que era ni más ni menos que o rei de futbol, ¡¡Edson Arantes do Nascimento “Pelé”!!

Nuestro ídolo recogió el esférico, se lo puso debajo de su brazo izquierdo —lo recuerdo como si hubiera sido ayer— y con su mano derecha en alto nos dirigió un saludo y una sonrisa que jamás habría de olvidarse en nuestras mentes juveniles... 

EDITOR

BACANORA by CRÓNICA SONORA

*Toma un trago y soporta
el periodismo independiente*

